

La Universidad de Oviedo y la Casa de América de Barcelona. La pluralidad del americanismo español en el contexto del Primer Centenario de las Independencias

Gabriela Dalla Corte y Gustavo H. Prado

Universitat de Barcelona y FICYT/Universidade de Santiago de Compostela¹

1. Dos paradigmas para reorientar el americanismo español

Como es sabido, el Cuarto Centenario del Descubrimiento de América abrió un nuevo y prometedor capítulo americanista en las ideas españolas. En ese contexto favorable, la coyuntura más feliz del movimiento americanista se manifestaría entre 1898 y 1911, período caracterizado por la acción concurrente, aunque inorgánica, de diversos individuos y asociaciones que predicaron la necesidad de recrear los lazos políticos, económicos, culturales e intelectuales iberoamericanos, como condición necesaria para consumir la ansiada regeneración española.

Pese a la indudable hegemonía madrileña en el movimiento americanista, desde 1900 y muy particularmente en el trienio 1909-1911, las iniciativas impulsadas desde la periferia asturiana y catalana lograron obtener importantes resultados, amén del concurso material o ideológico del cada vez más heterogéneo movimiento americanista, de las

¹ Este trabajo es deudor de los debates suscitados en el marco del proyecto de investigación dirigido por Pilar Caggio, subvencionado por la Fundación Carolina, “El americanismo en España, 1898-1936: instituciones culturales y proyectos educativos”. Los autores queremos agradecer a Pilar Caggio y a Eduardo Rey Tristán por su inestimable ayuda.

esferas oficiales y de determinados intereses comerciales deseosos de hacer pie en los antiguos mercados coloniales².

Sin embargo, el incontrastable éxito de los proyectos de la Universidad de Oviedo y de la Casa de América de Barcelona, hizo evidente el hecho de que, detrás de la colaboración inicial y de la aparente unidad de este movimiento, existía una irreductible pluralidad de intereses. Lo cierto es que, tras el apoteótico retorno de Rafael Altamira de su viaje continental como delegado del claustro ovetense y de la definitiva institucionalización del americanismo catalán; tan pronto como pareció que el americanismo lograría constituirse en un grupo de presión eficaz de cara al poder y a la opinión pública española; aquel movimiento plural vio surgir en su seno importantes disensos que enfrentarían a sus expresiones periféricas más dinámicas, con sus recelosas tribunas capitalinas y los sectores políticos liberales de inspiración reformista instalados en el Gobierno.

En un trabajo anterior pudimos reconstruir los conflictos suscitados en el momento en que los diversos sectores rompieron aquella convivencia armónica, reclamando un espacio diferenciado para la administración de sus intereses americanistas. Dichos conflictos, como pudimos comprobar, se saldarían, sorprendentemente, con la definitiva fragmentación de aquel movimiento y el incontenible avance del Estado sobre su programa³. En este trabajo nos proponemos realizar un primer avance en el análisis comparado de las iniciativas impulsadas por Fermín Canella y Rafael Altamira, desde el claustro ovetense, y por Rafael Vehils y Federico Rahola, desde el corazón de los negocios ultramarinos barceloneses. Indagar con mayor detenimiento en la naturaleza de aquellos proyectos nos permitiría comprender mejor las razones profundas que hicieron posible aquellos conflictos, superando la tentación de buscar una explicación suficiente para su inesperado desenlace, en la mera irrupción centralizadora del Estado español.

En este sentido, parece indudable que la entidad, el contenido mismo y el programa que se colegía de estos proyectos –amén de significativos errores y torpezas de algunos de sus principales gestores– resultaron aspectos determinantes para que, una vez probada su capacidad de articularse social y políticamente, despertaran el recelo de otras vertientes del americanismo español –no sólo de la madrileña– y la firme voluntad del Estado de controlar la evolución de este movimiento.

Si el empuje de Oviedo y Barcelona logró romper, entre 1909 y 1911, el *statu quo* en el que vegetaba el americanismo español en vísperas del Primer Centenario de las revoluciones independentistas del Nuevo Mundo, ello se debió a que ambos polos americanistas definieron una serie de soluciones institucionales y estrategias que, de

² Véase PRADO, G. H., Rafael Altamira, el hispanoamericanismo liberal y la evolución de la historiografía argentina en el primer cuarto del siglo XX, Tesis Doctoral, Departamento de Historia, Universidad de Oviedo, Oviedo, IV-2005; también DALLA CORTE, G., *Casa de América de Barcelona (1911-1947)*, Comillas, Cambó, Gili, Torres y mil empresarios en una agencia de información e influencia internacional, Madrid, Editorial LID, 2005; DALLA CORTE, G., “Asociaciones y redes sociales entre El Quijote y Hamlet: la Casa de América de Barcelona y la construcción de una “moderna fraternidad transatlántica”, en *Boletín Americanista*, vol. LV, nº 55, pp. 55-77; CAGIAO, P. (coord.) *Cien años de Biblioteca América (1904-2004)*, Universidade de Santiago de Compostela, 2004, particularmente de REY TRISTÁN, E., “El contexto histórico de la Biblioteca América: Regeneracionismo y Hispanoamericanismo”.

³ Véase nuestro trabajo DALLA CORTE, G. y PRADO, G., “El movimiento americanista español en la coyuntura del Centenario. Del impulso ovetense a la disputa por la hegemonía entre Madrid y Cataluña”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Revista del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA), nº 56, 2005, pp. 31-64.

inmediato, se ofrecieron como auténticos paradigmas capaces de orientar la acción americanista española en aquella compleja coyuntura internacional. Estos paradigmas, en parte rivales, pero en buena medida solidarios y hasta complementarios, resultaron estar bastante alejados de los ideales para-diplomáticos de las influyentes tribunas madrileñas y, a la postre, de los supuestos que impulsarían la tardía estatalización del programa americanista, timoneada por poderosos caudillos liberales como José Canalejas y el Conde de Romanones.

2. El paradigma ovetense

El americanismo ovetense tuvo, que duda cabe, una fuerte identidad regional pero debe tenerse en cuenta que su programa no tenía correlato en un proyecto “asturianista” sino que, desde su propia tradición intentó definir –y aspiró a orientar– un programa integral de revinculación con América de dimensión estatal, pero sustancialmente autárquico y descentralizado en lo que hace a su ejecución.

Este americanismo, impulsado por una elite letrada liberal-reformista, krausoinstitucionista y regeneracionista, definió una estrategia de intervención prioritariamente intelectual, en la que la pluralidad era la resultante de un diseño teórico que reafirmaba la autonomía universitaria. En este esquema, se proponía a las casas de altos estudios como agentes de regeneración política, como foros alternativos de diálogo social e internacional y como ámbitos de una racionalidad superior capaz de articular y armonizar los intereses regionales, estatales y valores supranacionales de tipo cultural, científico y humanista.

Esta estrategia, madurada tras la indiferencia con que fueron acogidas las proclamas americanistas de Altamira y del *Grupo de Oviedo* entre 1898 y 1900 y del relativo fracaso de las convocatorias de la Universidad de Oviedo a sus homólogas del otro lado del Atlántico, en 1900 y 1908, fue la que orientó el extraordinariamente exitoso Viaje de Rafael Altamira de 1909-1910⁴ e influyó en el periplo inmediatamente posterior del ex catedrático ovetense, Adolfo González Posada por Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile en 1910.

El americanismo ovetense aspiraba a ofrecer a la sociedad española y al Estado, por un lado, un diagnóstico riguroso de los males que causaba al país el mutuo extrañamiento en el que seguían viviendo ambos mundos de la hispanidad; por otro lado, el diseño de conjunto racional de instrumentos legales e institutos, encargados de revertir aquella situación; y, por último, la oferta de un modelo de intervención americanista integral, caracterizado por su voluntad de actuar enérgicamente y captar adhesiones en el propio terreno latinoamericano.

Pese a la manifiesta vocación del americanismo asturiano de trascender del ámbito regional y de los límites del claustro, Altamira, Canella y sus demás impulsores estaban completamente prevenidos respecto de los peligros de participar prematuramente al

⁴ Sobre el viaje de Altamira puede verse: ALTAMIRA, R., *Mi viaje a América (Libro de documentos)*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1911; MELÓN FERNÁNDEZ, S., *El viaje a América del profesor Altamira*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1987 y PRADO, G., Rafael Altamira, el hispanoamericanismo liberal y la evolución de la historiografía argentina en el primer cuarto del siglo XX, Tesis Doctoral, Departamento de Historia, Universidad de Oviedo, Oviedo, IV-2005.

Gobierno y a la clase política de los sucesivos emprendimientos en que se involucrarían desde 1900. Fruto del evidente desencanto que suscitaría en Altamira y el *Grupo de Oviedo* la atonía del Estado frente a los diagnósticos y prescripciones presentados en el célebre *Discurso de Apertura de curso de 1898*⁵ y en el Congreso Hispano-Americano de Madrid⁶, la Universidad de Oviedo lanzaría el proyecto de recorrer América por su cuenta y riesgo, rechazando incluso la posibilidad de financiarlo con una suscripción pública alentada por un puñado de políticos notables y un importante periódico madrileño.

Si bien el propósito inmediato del periplo americanista era, por supuesto, captar el interés de las elites latinoamericanas por los diversos proyectos de colaboración pergeñados en Oviedo, no podemos perder de vista que su aspiración más elevada era contribuir a una redefinición y jerarquización de las relaciones hispano-americanas como parte de un replanteo profundo de la diplomacia peninsular. Altamira viajaría desde el Río de la Plata al Caribe no sólo mostrar en el ejercicio docente, la competencia científica de los intelectuales españoles, sino también para develar la existencia de una España moderna y sugerir la mutua conveniencia de refundar unos vínculos políticos y económicos, quebrados por los ya centenarios movimientos independentistas.

El diseño de este ambicioso proyecto se llevó a cabo cumpliendo escrupulosamente las formalidades legales pero sin esperar mayor asistencia del Estado. En efecto, con la firme convicción de que ningún auxilio concreto se obtendría, y de que, de llegar a conseguirlo a tiempo, éste terminaría por deformar el espíritu de aquel emprendimiento, el rectorado ovetense optó por mantener un celoso control sobre el Viaje Americanista de 1909.

La voluntad de no ceder la organización ni la gestión de esta iniciativa al Estado no reflejaba, como podría creerse, una prevención ideológica de índole territorial o corporativa sino, por el contrario, una más que comprensible reserva respecto de la racionalidad de quienes lo conducían. En efecto, ninguna de las propuestas de los intelectuales reformistas de Oviedo apuntaba a contestar o restringir las potestades estatales en materia de política educativa, cultural o exterior, sino que, por el contrario, asumían que la arena estatal debía ser el ámbito natural para el desarrollo del americanismo. Claro que el patriotismo regeneracionista no dejaba de apreciar el hecho de que, para que ese Estado pudiera liderar tal política y asumir sus responsabilidades –en esta materia y en otras, tanto o más urgentes–, debía ser profundamente reformado y democratizado.

Esta proverbial lucidez no era óbice para que estos intelectuales pusieran en evidencia una llamativa ingenuidad, en tanto ellos mismos se pensaban como los únicos agentes capacitados para concienciar y dirigir a la sociedad española hacia la deseada y siempre postergada modernidad. Es por eso que estos intelectuales no sólo pretendían erigirse en la consciencia de la regeneración española, sino en los estrategas e inmediatos orientadores de la extraviada clase política y la anquilosada burocracia.

⁵ ALTAMIRA, R., *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899 por el Doctor D. Rafael Altamira y Crevea, catedrático numerario de Historia del Derecho*, Oviedo, Establecimiento tipográfico de Adolfo Brid, 1898.

⁶ ALTAMIRA, R., ÁLVAREZ, M., ARAMBURU, F. de, CANELLA, F., BUYLLA, A., ALAS, L., JOVE, R., SELA, A., “Al Congreso Hispano-Americano. Propositiones que presentan al Congreso Hispano-Americano algunos catedráticos de la Universidad de Oviedo”, en: *Anales de la Universidad de Oviedo*, año I, Oviedo, 1901.

Legitimados por una imagen autocomplaciente del “intelectual”, por su manifiesto compromiso patriótico y por su propia inserción estatal –en un área coyunturalmente marginal pero estructuralmente decisiva como la ideológica–, estos liberales reformistas no sólo se propondrían tutelar las políticas reformistas desde la atalaya de la cátedra universitaria, sino que se involucrarían en la administración como tecnócratas, esperando poder ejecutar racionalmente las altas políticas estatales que impulsaban.

El propósito de estos intelectuales era servir al Estado desde los márgenes mismos de su aparato institucional, contribuyendo a reorientar sus intereses y a racionalizar sus estructuras. Así pues, este tipo de proyectos venía a interpelar directamente a los políticos caudillistas de la Restauración que, inmersos en la pequeña política y abocados a sostener un sistema corrupto y excluyente, habían desatendido la agenda de los verdaderos intereses de España. Es por ello que el ideal autárquico del americanismo ovetense no pasaba de ser un recurso táctico para lanzar iniciativas que debían abrir una brecha en el americanismo declamativo sostenido desde Madrid, demostrando a los políticos la viabilidad y potencialidades del gran proyecto americanista y lo conveniente de que éste fuera asumido, más tarde, por el Estado y administrado por aquellos que se hallaban realmente cualificados para servirlo con racionalidad y consecuencia.

El descarnado juego político del liberalismo oligárquico; la volubilidad de las corrientes de la opinión pública y la imbricación siempre circunstancial e imprevisible de los acontecimientos nacionales e internacionales, alcanzan para explicar satisfactoriamente el hecho de que otras instituciones y personas terminaran por controlar los proyectos elucubrados y arriesgados por Altamira y la Universidad de Oviedo. Claro que observar la compleja coyuntura española no debería cegarnos acerca de la existencia de factores “estructurales” que contribuyeron a aquella inesperada derrota del americanismo ovetense. Estos factores, que aquellos intelectuales no acertaron a considerar o ante los que decidieron no doblegarse, son aquellos relacionados con la misma lógica “expropiadora” e “institucionalizante” que regían la estructuración del aparato estatal en países en tardío proceso de modernización y con sociedades civiles débiles. En este sentido y en un país en el que los opositores más influyentes de la Restauración eran unas poderosas corporaciones tradicionales y unos emergentes movimientos regionalistas comprometidos con la exhumación de antiguos derechos y foros, se entiende que sus elites políticas liberales abrazaran, con cierto fundamentalismo, una estrategia centralista y burocratizante de raíz ilustrada y dieciochesca, que hiciera del aparato estatal –su reducto y fortaleza– el motor y el líder del proceso de la modernización española.

Esta situación y el supuesto –compartido por la oposición moderada de republicanos y socialistas– de que el control del Estado era imprescindible para ejecutar cualquier cambio en la realidad social y política, terminarían por allanar y legitimar, incluso, el ulterior avance estatal sobre el programa americanista. En este contexto, la frustración de la Universidad de Oviedo y de su elaborado diseño, en beneficio de instituciones como la Junta para la Ampliación de Estudios y otras dependencias de los Ministerios de Instrucción Pública o de Asuntos Exteriores, sería el correlato paradójico del mismo éxito de Canella y Altamira, y del considerable respaldo público que estaban obteniendo sus renovadas demandas al Gobierno para que éste rectificara sus inexplicables deserciones en materia de americanismo.

3. El paradigma catalán

El americanismo catalán, al igual que el asturiano, perseguía la proyección del americanismo al rango de política de Estado, aun cuando apostaba por otro modelo de acción americanista y por un reparto de responsabilidades entre aquél, la sociedad civil y los intereses regionales, sustancialmente diferentes de aquellos impulsados desde Oviedo y Madrid.

Si algo distinguió al americanismo barcelonés fue, sin duda, su clara impronta catalanista, la cual se reflejó en un proyecto en el que se intentaba preservar unos intereses regionales frente a los intereses generales del Estado y de otros territorios españoles. Sin embargo, esta impronta –administrada sin mayores atisbos de dogmatismo ideológico– no entorpeció la búsqueda de apoyos en los gobiernos liberales y conservadores españoles ni condicionó su voluntad de coordinar esfuerzos con las grandes figuras de este movimiento o el resto de las corporaciones americanistas peninsulares.

Si esto fue así se debió, en buena medida, al pragmatismo de aquellos dirigentes que impulsaron el ideario americanista en Barcelona e invirtieron sus esfuerzos para lograr su institucionalización autónoma. Hombres como José Puigdollers Maciá, Federico Rahola y Rafael Vehils –reunidos en torno a la *Revista Comercial Iberoamericana Mercurio*, fundada en 1901–, apostaron por hacer un lugar a Cataluña en la carrera americanista, a la vez que con sus acciones contribuyeron a reconfigurar en clave plural y social al movimiento americanista. Las iniciativas de este grupo apuntaron a que el americanismo español asumiera en su forma y contenido, por un lado, la diversidad constitutiva de la identidad española y, por otro, la legítima existencia de intereses propios de la sociedad civil –culturales, intelectuales, financieros, industriales o comerciales– en la acción americanista española, junto a los intereses políticos y diplomáticos, tradicionalmente honrados por las diversas instituciones madrileñas, entre las que destacaba la influyente Unión Ibero Americana (UIA).

Por supuesto, no debemos perder de vista que este americanismo, sostenido por poderes fácticos del mundo de los grandes negocios catalanes, definió una estrategia de intervención prioritariamente comercial que supo abrir sendas brechas, tanto en el fallido modelo de integración subordinada de los intelectuales latinoamericanos en grandes emprendimientos controlados por el Estado español, como en el esquema centralizador de unidad americanista, avalados ambos por Madrid. No debería extrañar, pues, que Barcelona fuera la pionera a la hora de emprender una auténtica aventura americana enviando, en 1903, a Rahola y José Zuleta y de Gomis, en misión de exploración comercial a la República Argentina.

Si bien el grupo de *Mercurio* y sus apoyos políticos y económicos regionalistas fueron los motores de un americanismo barcelonés, su institucionalización necesitó, en sus primeros tiempos, del concurso de los grandes referentes del americanismo español –en especial Rafael Altamira y Rafael María de Labra– y del apoyo de las diversas instituciones americanistas ya existentes en el Reino. Esta estrategia y la versatilidad de sus dirigentes, permitirían al americanismo catalán capitalizar el nuevo impulso que dio al movimiento la iniciativa ovetense y la proximidad de las festividades de los Centenarios, para construir sin mayores resistencias su propio núcleo institucional. Así, en 1909, se fundaría la Sociedad Libre de Estudios Americanistas de Barcelona y, en 1910, el Club Americano. En abril de 1911, se lograría fusionar aquellas entidades, constituyendo la Casa de América de

Barcelona (CdA) con un censo inaugural de 192 socios –no solo catalanes⁷–, el patrocinio simbólico de la Corona y la bendición del Gobierno liberal.

Esta fase de acelerada construcción institucional se truncaría, sin embargo, cuando los catalanes forzaron la marcha y expusieron su propósito de confederar a todas aquellas instituciones que habían demostrado una auténtica vocación americanista. En el mismo momento en que ese proyecto fue develado por los dirigentes de la recientemente constituida CdA, surgieron los recelos de algunas de las corporaciones y personalidades convocadas, así como el implacable boicot de la UIA.

Fiel a su estrategia dual, cuando lanzó su propuesta federativa en abril de 1911, el grupo de *Mercurio* no se contentaría con reafirmar sus ya probados apoyos regionales, sino que se lanzaría a obtener el apoyo de los más notables y reconocidos americanistas para legitimar su proyecto. Rafael María de Labra, que simpatizaba, en principio, con cualquier iniciativa que dinamizara a un movimiento americanista prematuramente anquilosado en las tribunas madrileñas⁸, oficiaría en no pocas circunstancias como gestor informal de los intereses catalanes ante el Estado y ante otras instituciones americanistas.

Los documentos de la CdA –contrastados con los provenientes de los diversos archivos de Rafael Altamira– nos revelan que Labra jugó un papel importante en la difusión de la propuesta y en la organización práctica de la Asamblea de Asociaciones Americanistas. Las atinadas indicaciones de Labra respecto de la invitación a las asociaciones y personalidades americanistas y la inclusión de las Sociedades Económicas –amén de las cámaras comerciales–⁹ fueron seguidas atentamente por los catalanes, que terminarían elaborando una convocatoria, sin duda, ecuménica, para fundar la Federación en Barcelona en diciembre de 1911¹⁰.

Pese a que esta convocatoria y la gestión de Rafael Vehils inspiraron algunos recelos y provocaron un absurdo conflicto con la Sociedad Columbina Onubense (SCO) –

⁷ Labra y Altamira fueron nombrados, en diferentes momentos, socios de honor de la CdA, el primero al tiempo que ésta comenzaba su andadura y a propuesta de su responsable directo, Rafael Vehils, y el segundo pocos días después, en mayo de 1911, y en mérito al reconocimiento de su apoyo al americanismo peninsular (Figuras 1 y 2).

⁸ Por entonces, Labra, entusiasmado por los proyectos de los catalanes, por la realización del Congreso de Emigración en Galicia –que él mismo apadrinara– y por el Viaje americanista de la Universidad de Oviedo, auguraba el advenimiento de una etapa dorada para las relaciones entre este movimiento y el Gobierno español. Archivo de la Casa de América de Barcelona en el Pavelló de la República de la Universitat de Barcelona (en adelante, CdA), Rafael María de Labra a Rafael Vehils, 04.05.1910 y 07.05.1911; Instituto de Enseñanza Secundaria Jorge Juan Alicante/Legado Altamira, *sin catalogar* (en adelante IESJJA/LA), Rafael María de Labra a Rafael Altamira, Madrid, 23.05.1909 y 15.11.1909.

⁹ Labra recomendaba a Vehils: “No se olvide de las invitaciones a personas caracterizadas. Hay que prescindir de la preocupación exclusiva de los Centros y las Agrupaciones constituidas. El llamamiento debe ser a todos los americanistas y a todos se debe referir la federación”. Labra, empeñado en hacer de la proyectada Federación “una gran liga de expansión hispanoamericana” que eventualmente se extendiera a Portugal, reconvinó amigablemente a Vehils por su inexplicable olvido de convocar a las “Económicas de Amigos del País de Barcelona y el resto de Cataluña”. Pero Labra no sólo recomendaría la inclusión de Academia de Ciencias Morales y Políticas y de las Sociedades Económicas de Palencia, Santiago de Galicia, Bejar, Potes, San Sebastián, Córdoba, Mérida, Barcelona, Zaragoza y Cartagena, sino que intentaría reclutarlas, como en el caso del Círculo de Unión Mercantil y la Cámara de Comercio de Madrid. CdA, Rafael María de Labra a Rafael Vehils, 07.10.1911 y 16.11.1911 y otra recibida el 18.11.1911.

¹⁰ La sesión fundacional, prevista por los catalanes para el 12 de octubre de 1911, debería ser retrasada en más de una oportunidad, por los consejos de Labra y Altamira, pese a la evidente crispación de Vehils y Róala, temerosos de que su proyecto naufragara si no se lo ejecutaba rápidamente.

contra la cual intentaron movilizar al resto del movimiento americanista¹¹ obligando a la oportuna intervención mediadora de Labra y su hijo¹²–, el mayor y a la larga insalvable obstáculo para la existencia de tal Federación sería interpuesto, no casualmente, por la UIA y su presidente, el caudillo conservador Faustino Rodríguez de San Pedro.

Los dirigentes catalanes, recurrieron nuevamente a Labra y Altamira para convencer a la UIA y también al Centro de Cultura Hispanoamericano y al Instituto Jurídico Iberoamericano de integrar al americanismo madrileño en “*un acuerdo armónico, federativo si es posible*”¹³. Sin embargo, esta vez sus buenos oficios no dieron resultado. Rodríguez de San Pedro –que había apoyado el Viaje Americanista ovetense siendo Ministro de Instrucción Pública del gobierno de Antonio Maura– había rechazado pública y epistolariamente, las invitaciones y el proyecto de bases estatutarias que le enviara en noviembre de 1911, Federico Rahola. La Junta directiva de la UIA consideraba que la mentada federación no sería viable ni beneficiosa y se declaraba molesta por no haber sido participada antes de esta iniciativa. Los argumentos del portavoz asturiano del americanismo madrileño no podían ser más claros:

*“La representación semi-oficial de que disfruta la Unión Ibero-Americana, la coloca muy por encima de cualquiera otros organismos que con su propia y particular significación hayan de crearse, por prestigiosas y meritorias que sean las personalidades que los forman. La obra de la Unión ha tenido su centro en Madrid donde, lógicamente pensando, lo debe tener; puesto que, empresa como la que esta Sociedad persigue, por su enorme magnitud requiere la cooperación eficaz de los poderes públicos y el continuo e íntimo contacto con las representaciones más elevadas, acreditadas en España, de las naciones con que pretendemos mantener íntima relación, y tal vez a eso se deba en gran parte, lo fructífero del esfuerzo realizado, pues que, en cinco lustros, la gestión de nuestro centro, analizada imparcialmente, representa la tarea de largos transcurso de tiempo dedicado a un solo fin y sin objetos múltiples y varias aplicaciones, que por lo mismo debilitan la muy principal acariciada por nosotros”*¹⁴.

Los argumentos de Rodríguez de San Pedro eran simples y contundentes: por un lado, el proyecto del grupo de *Mercurio* pretendía, más allá de su retórica, subordinar a la UIA a una federación que sería dominada por catalanes; y, por otro lado, tal esquema, aún cuando pudiera estar inspirado por propósitos más elevados que el de dominar al americanismo español, estaba destinado al fracaso debido a la heterogeneidad de los fines

¹¹ Ver: Archivo Histórico de la Universidad de Oviedo, Fondo Rafael Altamira *en proceso de catalogación* (en adelante AHUO/FRA), Rafael Vehils a Rafael Altamira, Barcelona, 01.06.1911; CdA, Rafael Vehils a Rafael María de Labra, 03.09.1911.

¹² Labra y su hijo, firmemente comprometidos con la convocatoria catalana oficiaron de mediadores de buena voluntad en esta crisis, sobredimensionada, sin duda, por las prisas de Vehils. CdA, Rafael Vehils a Rafael María de Labra, 09.09.1911 y Rafael María de Labra y Martínez a Rafael Vehils, 09.09.1911.

¹³ AHUO/FRA, Rafael Vehils a Rafael Altamira, Barcelona, 01.06.1911 y 14.06.1911; CdA, Rafael Vehils a Rafael María de Labra, 09.09.1911.

¹⁴ AHUO/FRA, Caja IV, Faustino Rodríguez de San Pedro a Federico Rahola, Madrid, 11.1911 (copia).

de las diversas instituciones que se quería federar y, también, a la diversidad de propósitos que alentaban a la propia CdA.

La disparidad absoluta entre los intereses del americanismo capitalino y el catalán, harían que la UIA rechazara, sistemáticamente, cualquier intento de la CdA de acercar posiciones, aún cuando se ofreciera a la entidad madrileña y a su máximo dirigente, presidir la proyectada Federación. Rahola propuso a Rodríguez de San Pedro presidir el Comité Ejecutivo de la futura Federación, junto a Labra y Altamira, para quienes se reservarían las dos presidencias honorarias y los catalanes, que aspiraban a ocupar la vicepresidencia, con Rahola y la estratégica secretaria general, con Vehils¹⁵.

Finalmente y pese al enfrentamiento, entre el 16 y el 20 de diciembre de 1911 se celebró la Asamblea inaugural de la Federación de Sociedades y Corporaciones Americanistas, en Barcelona. Habían sido convocadas la totalidad de las Cámaras de Comercio y las Sociedades Económicas de Amigos del País; la SOC de Huelva; el Instituto Jurídico Iberoamericano de Madrid; la Agrupación Americanista Valentina; el Centro de Unión Iberoamericana de Vizcaya; las Universidades de Oviedo y de Santiago de Compostela, además de la declinante UIA. También fueron invitados, además de Labra y Altamira, el senador Eduardo Berenguer, Pedro Torres Lanzas y Adolfo González Posada¹⁶. El orden del día preveía la inscripción de entidades y la discusión de tres temas: la rehabilitación del Archivo General de Indias –para honrar las gestiones de Altamira y las disposiciones del Ministro Amalio Gimeno–; los tratados comerciales entre España y los países iberoamericanos; y la cuestión de las tarifas postales hispano–americanas. El asunto central era, sin embargo, la aprobación de las bases estatutarias de la Federación –propuestas por Rahola como presidente del Instituto de Estudios Americanistas de la CdA¹⁷– cuyo objeto societario era “*robustecer y dar homogénea orientación a la vinculación ibero–americana, a la par que crear un movimiento capaz de influenciar en tal sentido las tendencias y acuerdos internacionales en que aquella se traduzca*”.

Luego de los debates de rigor se aprobaría una estructura confederal gobernada por un comité ejecutivo elegido entre los presidentes de las asociaciones adheridas, con sede itinerante y con un presupuesto corriente solventado, alternativamente, por la federación que se hiciera cargo de la presidencia. La Asamblea votaría, además de la composición del comité ejecutivo –presidido por Labra pero con clara hegemonía catalana– la creación de una comisión nacional encargada de organizar efectivamente esta institución, atrayendo a las instituciones reacias y a las asociaciones fundadas en América por los más de dos millones de españoles emigrados¹⁸.

¹⁵ AHUO/FRA, Federico Rahola a Faustino Rodríguez de San Pedro, Barcelona, 21.11.1911 (copia); CdA, Rafael Vehils a Rafael María de Labra, 20.11.1911.

¹⁶ CdA, Rafael Vehils a Rafael María de Labra, Barcelona, 20.11.1911.

¹⁷ AHUO/FRA, Caja V, Federico Rahola, “Proyecto de Bases Estatutarias de la Federación de Sociedades y Corporaciones Americanistas”, Barcelona, 12.10.1911. Existe también un borrador mecanografiado de este documento en AHUO/FRA, Caja IV, titulado “Proyecto de Bases Estatutarias de la Federación de Sociedades Americanistas”, Barcelona, 07.10.1911.

¹⁸ En la comisión nacional estaban presentes, además de Labra, Rafael Vehils, representando a las Cámaras de Comercio de Valencia y Málaga y la Sociedad de Amigos del País de Barcelona; Federico Rahola, por la CdA; Luis Palomo, por el CCH de Madrid; Julio de Lazúrtegui, por el CUI de Vizcaya; José Marchena Colombo, por SCO; Pelayo Quintero Atauri, por la Real Academia Hispanoamericana de Cádiz; y Alejo García Moreno, por el Instituto Hispanoamericano de Derecho Internacional Comparado madrileño. Ver: CdA, *Memoria de la Asamblea Española de Sociedades y Corporaciones Americanistas celebrada en Barcelona los días 16-19.10. 1911*, Barcelona, Casa de América, 1911; *Revista Comercial Iberoamericana Mercurio* (RM) XII, 149, 02.05.1912, pp.

Pese a la celebración del trámite asambleario y a las ingentes gestiones de Vehils por vivificar las comisiones de la Federación¹⁹, pronto sería evidente que el desplante de la UIA, la ausencia de algunos de los referentes centrales del americanismo y de altos representantes del Gobierno, repercutiría negativamente en el compromiso contraído por los comisionados no catalanes²⁰. Puede pensarse que los representantes de las asociaciones americanistas del resto de España temieran informales represalias políticas orquestadas desde Madrid o, más probablemente, que la consolidación de la Federación acarrearía la eventual reducción o pérdida de los aportes y reconocimientos estatales del que eran acreedores y de los que muchas de ellas dependían. Lo cierto es que el resto de los americanistas españoles mantuvieron en todo momento inocultables reservas hacia el proyecto de la CdA y no puede pasarse por alto el hecho de que aquellas eran fruto, también, de la incapacidad de Vehils y Rahola para neutralizar estereotipos; para persuadir a sus correligionarios de las ventajas de confederarse y para refutar la presunción de que Barcelona pretendía hegemonizar al movimiento americanista y subordinarlo a sus intereses.

En este sentido, la CdA tenía conocimiento de la existencia de este tipo de obstáculos gracias al propio Labra que, al tiempo que operaba en favor de la Asamblea en Asturias, Castilla y Andalucía, reportaba los resquemores que ella despertaba, más allá de las declaraciones de rigor en apoyo de la hermandad entre los correligionarios del movimiento. De allí que advirtiera en más de una oportunidad a los hombres de la CdA, acerca de la necesidad de esforzarse más en “españolizar” y “americanizar” su proyecto para disipar los recelos y dudas que iban acumulándose en otras regiones –no sólo en Madrid– respecto, por ejemplo, del peligro de que la Federación terminase por ser un instrumento de los grandes exportadores barceloneses²¹.

Las cartas cruzadas entre Vehils, Labra y Altamira nos muestran la audacia de la CdA también desencadenó conflictos con otras expresiones del americanismo, en los que los catalanes desnudaron un talante poco dialogante y escasamente propenso a la negociación. Tal el caso del mencionado enfrentamiento con la SCO en el que los hombres de la CdA mostraron un exceso de celo y una imperdonable torpeza en el manejo de una serie de equívocos que erosionó gratuitamente las relaciones entre Barcelona y Huelva, en un momento en que el proyecto federativo catalán necesitaba de todo el apoyo que el movimiento americanista pudiera ofrecerle. La euforia de Vehils, la excesiva confianza en su proyecto y, tal vez, el supuesto de que a Cataluña le correspondía el liderazgo natural sobre el resto de las regiones en cualquier iniciativa que contestara la hegemonía madrileña, le impidió valorar, en aquella coyuntura, las recomendaciones de Labra. Así pues, si la lógica centralizadora y las acciones o sugestivas inercias de la elite gobernante fueron determinantes para explicar el fracaso de la estrategia americanista catalana, esta derrota también fue deudora de la incapacidad de la CdA para obtener apoyos sólidos entre sus

142-143; y Rafael VEHILS, “Una nueva fuerza laboratriz para el problema iberoamericano”, en *La Casa de América en Barcelona. Asociación Internacional Iberoamericana, Orientación, estructura y organización*, Barcelona, Casa de América, 1919, pp. 13-28.

¹⁹ CdA, Rafael Vehils a Rafael María de Labra, 27.02.1912.

²⁰ En el mes de abril Vehils se dirigió al hijo de Labra para recordarle, amablemente, que estas comisiones habían aceptado reunirse en el domicilio de su familia en la capital, al tiempo que observaba con cierta alarma la delegación que comenzaban a hacer los comisionados titulares (CdA, Rafael Vehils a Rafael María de Labra, 18.04.1912).

²¹ CdA, Rafael María de Labra a Rafael Vehils, recibida el 16.11.1911.

potenciales aliados en la sociedad civil, en la política y en el mundo intelectual, con los que poder plantar cara a la UIA o a la misma burocracia estatal, con mayores probabilidades de éxito.

4. Reflexiones finales

Como hemos podido ver, entre 1898 y 1904, dos expresiones periféricas del americanismo español ensayaron –con mayor o menor fortuna– una serie de iniciativas que les permitieron capitalizar experiencia e ir definiendo estrategias originales y sustancialmente diferentes a la madrileña para realizar un ideal fraternal que, en principio, las asociaba naturalmente. Luego del impulso de fin de siglo, para mediados de la primera década del siglo XX el americanismo, hegemonzado por las instituciones para–estatales madrileñas, languidecía en un pantano retórico, del que sólo saldría por ambiciosas e innovadoras iniciativas lanzadas desde Asturias y Cataluña. En ese momento, fue evidente que la pluralidad de intereses integrados en el movimiento americanista, comenzaban a alentar interesantes conflictos que se resolverían con la estatalización del programa americanista y la dispersión de sus expresiones relativamente autónomas en la sociedad civil.

Si las ulteriores propuestas de Oviedo y Barcelona debieron enfrentar serios cuestionamientos por parte del hegemónico americanismo capitalino o del mismo aparato del Estado, ello se debía a que tanto la Universidad de Oviedo como la CdA lograron formular sendas estrategias de intervención intelectual, política y económica que no sólo se mostraron viables, sino que apuntaban a fortalecer y expandir la estructura plural y relativamente autónoma del movimiento americanista. Estas estrategias mostraron su peligrosidad para el *statu quo* americanista cuando amenazaron las prerrogativas de la UIA y parecieron capaces de rebasar los límites de la diplomacia paralela ejercida por el americanismo madrileño. Pero, si el Estado terminaría por resolver estos conflictos avanzando sobre la autonomía del movimiento americanista, apropiándose de los contenidos centrales de su programa y derivando la gestión de estos en sus estructuras burocráticas, esto sucedería por tres razones fundamentales.

En primer lugar, porque avalar las pretensiones de los americanistas asturianos o catalanes suponía legitimar no sólo la descentralización de esferas de la “cosa pública” que el Estado consideraba propias y exclusivas, sino retroceder objetiva y simbólicamente en un secular proceso político que suponía que el centralismo y la acumulación de poder del Estado en detrimento de la autonomía de las corporaciones tradicionales, de los intereses regionales y de la sociedad civil, eran requisitos insoslayables para la modernización española. En segundo lugar, por la voluntad manifiesta del americanismo ovetense y catalán de sustraer del contralor inmediato del aparato burocrático, importantes renglones de la política exterior española, para transferirlos –al menos parcialmente– a la tutela de instituciones no gubernamentales o de instituciones públicas de gestión autónoma, como las universidades. En tercer lugar, porque asturianos y catalanes pretendían, en última instancia, promover al americanismo al rango de política de Estado, alejando a los volubles caudillos del régimen de la Restauración tanto de la definición de sus principales líneas de acción como de su gestión efectiva, para permitir la intervención decisiva de poderosos hombres de negocios, de pulcros tecnócratas o de influyentes intelectuales.

Pero, para comprender las razones por las cuales los proyectos americanistas de la Universidad de Oviedo y de la CdA fueron derrotados no sólo debemos tener en cuenta la

acción externa y expropiadora del Estado sino, también, los límites intrínsecos de sus propuestas y su incapacidad para captar mayores apoyos para movilizar a la opinión pública y sostener un pulso efectivo contra una burocracia y una oligarquía política que defendían sus prerrogativas y el modelo de administración que era la fuente de su poder.

Bibliografía

- ALTAMIRA, Rafael: *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899 por el Doctor D. Rafael Altamira y Crevea, catedrático numerario de Historia del Derecho*, Oviedo, Establecimiento tipográfico de Adolfo Brid, 1898.
- , *Mi viaje a América* (Libro de documentos), Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1911.
- ALTAMIRA, Rafael, ÁLVAREZ, Melquíades, ARAMBURU, Felix de, CANELLA, Fermín, BUYLLA, A., ALAS, Leopoldo, JOVE, R., SELA, A.: “Al Congreso Hispano–Americano. Propositiones que presentan al Congreso Hispano–Americano algunos catedráticos de la Universidad de Oviedo”, en: *Anales de la Universidad de Oviedo*, año I, Oviedo, 1901.
- CAGIAO, Pilar (coord.): *Cien años de la Biblioteca América (1904-2004)*, Universidad de Santiago de Compostela, 2004.
- DALLA CORTE, Gabriela: *Casa de América de Barcelona (1911-1947), Comillas, Cambó, Gili, Torres y mil empresarios en una agencia de información e influencia internacional*, Madrid, Editorial LID, 2005.
- , “Asociaciones y redes sociales entre El Quijote y Hamlet: la Casa de América de Barcelona y la construcción de una “moderna fraternidad transatlántica”, en *Boletín Americanista*, vol. LV, nº 55, pp. 55-77.
- DALLA CORTE, Gabriela y PRADO, Gustavo: “El movimiento americanista español en la coyuntura del Centenario. Del impulso ovetense a la disputa por la hegemonía entre Madrid y Cataluña”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Revista del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA), nº 56, 2005, pp. 31-64.
- MELÓN FERNÁNDEZ, Santiago: *El viaje a América del profesor Altamira*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1987.
- PRADO, Gustavo H.: *Rafael Altamira, el hispanoamericanismo liberal y la evolución de la historiografía argentina en el primer cuarto del siglo XX*, Tesis Doctoral, Departamento de Historia, Universidad de Oviedo, Oviedo, IV-2005.